

*IN MEMORIAM*  
MILLÁN BRAVO LOZANO  
(1932-1997)

El pasado 6 de noviembre fallecía el Prof. Millán Bravo (al que se le conocía familiarmente como *el profesor Millán*). A pesar de que todos conocíamos su grave enfermedad y el estado en que se encontraba, alentábamos la esperanza de que las Parcas no cortaran aún el hilo de su destino. Sin embargo, la realidad inflexible nos mostró la vacuidad de nuestra confianza y todos nos sentimos heridos por ese *hachazo invisible y homicida* en esa lluviosa mañana del 6 noviembre, cuando nos enteramos de lo que había sucedido la madrugada anterior. La revista *Minerva*, editada por los Departamentos de Filología Griega y Filología Latina de la Universidad de la que fue Catedrático durante 27 años, estaba a punto de aparecer cuando se produjo el luctuoso acontecimiento y sólo pudo incluir una breve necrológica (si bien el tono emocionado de la misma compensaba con creces la brevedad impuesta por la urgencia), en la que anunciaba la publicación en este número de una «necrológica más detallada que haga justicia a los méritos del fallecido». A mí me ha cabido el triste honor de dar cumplimiento a este cometido, intentando por todos los medios que la tristeza y la añoranza no me desvíen de la verdad, y que la necrológica devenga panegírico, puesto que esto no sería hacer justicia a sus méritos.

Muchas cosas se han escrito últimamente sobre Millán Bravo, poniéndose de relieve sus muchas facetas, dado que, indudablemente, fue un hombre de una extraordinaria proyección social. Sin embargo, estimo que Millán Bravo fue esencialmente un Profesor Universitario, en cuya persona se conjugaron armónicamente su condición de profesor y de universitario, informando toda su vida.

Como universitario, era un hombre de vastos saberes y de una curiosidad universal. Para él, un universitario que se preciara tenía que estar toda su vida dispuesto a abandonar un camino para seguir otro, lo cual supone estar siempre en actitud atenta, con los ojos fijos en todo lo que nos encontramos en el camino. Este principio se refleja claramente en su labor investigadora, en la que podemos ver cómo sus intereses culturales se movieron en ámbitos extra-

ordinariamente dispares. Su atención no se centró exclusivamente en la Antigüedad Clásica, ni siquiera podemos afirmar que su objeto fundamental de estudio fuera la lengua latina (con todas sus variedades diatópicas, diacrónicas y diastráticas) o la producción literaria escrita en dicha lengua. Su interés primordial era mostrar el carácter medular de la civilización clásica en nuestro devenir histórico.

Este interés universalista se muestra ya en su formación estudiantil, al cursar las carreras de Filosofía y Filología Clásica, especialidad en la que se licencia con una tesina perteneciente al ámbito griego (su título es «La oración nominal pura en la *Metafísica* de Aristóteles», dirigida por el Dr. Sánchez Ruipérez), y en la que se doctora con una tesis encuadrada dentro del ámbito latino (llevaba por título «La terminología lógica de Boecio» y su director fue el Dr. Díaz y Díaz, al que respetuosamente siempre llamaba «Don Manuel»). Esta formación, presidida por el *triumvir* latín-griego-filosofía, creo que es fundamental para comprender esos planteamientos universalistas que le acompañaron toda su vida y que le hacían rechazar todo tipo de tentación atomista en sus investigaciones, tratando siempre de integrar todos los elementos en un sistema coherente.

De la mano de Boecio, epígono del mundo clásico y autor fundamental en la transmisión de la filosofía aristotélica al mundo medieval, se introducirá plenamente en la Edad Media, período que ocupará buena parte de sus afanes investigadores en su primera época y a la que, de la mano del Camino de Santiago, volverá en la última etapa de su vida investigadora, tras una etapa intermedia, en la que transitó por los caminos del Humanismo.

Para su formación como medievalista fue fundamental, además del magisterio del profesor Díaz y Díaz, su estancia en Múnich, donde disfrutó durante dos años de una beca de la *Alexander-von-Humboldt-Stiftung*, durante los cuales tuvo la ocasión de acceder a los ricos ficheros del *Thesaurus Linguae Latinae*, y de tomar contacto con el *Mittellateinisches Seminar* de la Universidad bávara, dirigido en aquella época por el prestigioso medievalista B. Bischoff. El trabajo realizado durante estos años de becario cristalizó en el proyecto de realización de un *Index Generalis Boethianus*, subvencionado por la Fundación Juan March, fruto del cual son unas 500.000 fichas lexicográficas.

Con este bagaje cultural, acometió, en la década de los 60, importantes trabajos sobre la figura de Boecio, de extraordinario rigor filológico todos ellos. Sin embargo, su obra más importante es la traducción de la *Historia de la lógica formal* de Bochenski, donde se nos revela como un traductor de una extraordinaria madurez, a pesar de su juventud (Millán Bravo tenía 34 años cuando apareció esta obra).

Posteriormente, volvió sus ojos al Humanismo, al que dedicó bastantes años de su investigación. Dentro de la vastedad de este campo temático, le interesaba sobremanera esa pretendida singularidad de la manifestación hispana de

dicho movimiento cultural y sentía una especial fascinación por la figura del Brocense. Los trabajos de esta época, si bien breves, han merecido ser citados por especialistas de reconocido prestigio, como A. Buck.

Sin embargo, las investigaciones que le proporcionaron mayor notoriedad fueron las referidas al fenómeno jacobeo. Ribereño del Camino de Santiago, al que consideraba «el mejor símbolo de nuestro ser cultural», dedicó los últimos años de su vida investigadora a estudiar la significación del fenómeno jacobeo, principalmente en la Edad Media, época en que la sirga peregrinal fue vía de penetración de los movimientos culturales surgidos allende nuestras fronteras. La actividad febril y entusiasta desplegada en estos años se tradujo en la publicación de un considerable número de trabajos, gran parte de los cuales están centrados en el *Codex Calixtinus*, obra miscelánea del siglo XII, en la que se compilan materiales referidos al mundo jacobeo (textos litúrgicos de las festividades relacionadas con el Apóstol, milagros atribuidos a Santiago, etc.). Así, la edición facsímil de esta obra, a cargo de Kaydeda Ediciones, se llevó a cabo bajo su dirección científica. Asimismo realizó la traducción anotada del libro V del *Codex Calixtinus*, el llamado *Liber Peregrinationis*, atribuido al clérigo francés Aymeric Picaud, en el que dicho personaje realiza, a manera de guía turística, una descripción de la llamada *uia Francigena*. La labor investigadora en torno a esta obra culminaría en una edición bilingüe anotada de todo el *Codex Calixtinus*, en la que, bajo su dirección, estábamos trabajando un grupo de profesores aglutinados en torno al Centro de Estudios del Camino de Santiago. Este trabajo, definido en muchas ocasiones por Millán Bravo como un *monumentum aere perennius*, se ha visto truncado por su muerte y, aunque es intención del equipo culminar la obra iniciada, con toda seguridad el resultado final se verá resentido por su falta.

Además de esta labor en torno al *Codex Calixtinus*, Millán Bravo publicó una serie de trabajos de divulgación, destinados sobre todo a los miles de peregrinos que, todos los años, recorren el Camino. De estas obras, cabe destacar la *Guía práctica del peregrino. El Camino de Santiago*, editada por Everest y traducida al francés, inglés y alemán. A diferencia de otras guías al uso, ésta incide muy especialmente en los aspectos culturales del Camino, y en ella muestra sus amplios saberes sobre literatura, historia, arte, etc.

Sin embargo, Millán Bravo pensaba que toda investigación es estéril si no se transmite a los demás de una manera eficaz. Por eso es importante que, después de tratar de su faceta de universitario, nos detengamos en la de profesor.

Una primera vía para propagar el saber es el aula. En este ámbito (y hablo por propia experiencia), se mostraba como un profesor entusiasta, que se apasionaba exponiendo algunos temas, especialmente los de su asignatura más querida, la Filología Latina Medieval. Al impartir la docencia, irradiaba además esa vocación universalista, de tal forma que, en la explicación de textos, materia prima del filólogo, planteaba una gran cantidad de cuestiones, y no

siempre las lingüístico-literarias ocupaban un puesto predominante. De hecho, cuando se lamentaba de la falta de formación de los alumnos que llegan a la Universidad (y a veces los destinatarios de las quejas eran los propios alumnos), criticaba, no sus lagunas lingüísticas, sino las culturales. Desde que le conozco, nunca le he visto incomodarse porque un alumno adoleciera de un conocimiento insuficiente de la gramática latina, mientras que eran frecuentes sus disgustos porque el alumnado ignorara quién era Boecio, en qué siglo surgió la escolástica, qué es un Cabildo, o qué se esconde tras las siglas *S.I.*

Con ser importante la labor en el aula, Millán Bravo pensaba que el profesor universitario debía ser catalizador de iniciativas para la libre comunicación de ideas y experiencias. Dicha labor catalizadora debe traducirse en la organización de Congresos y sociedades científicas, creación de revistas, etc. En este campo, su trabajo fue intenso y cabe destacar la fundación de la sección local de la S.E.E.C. en Valladolid (cuya presidencia ocupó en varias ocasiones), la creación de la revista *Durius*, su apoyo activo a la creación de la Sociedad de Estudios Latinos (de la que sería nombrado Presidente Honorario), por no referirnos a su denodado trabajo en la instauración de la especialidad de Filología Clásica en la Universidad de Valladolid, junto con otros profesores, como los Dres. García Teijeiro o Suárez de la Torre.

Con todo, si bien éstos son hitos importantes de su carrera, las iniciativas que más le llenaban de orgullo y en las que imprimió más pasión eran las que tenían que ver con el mundo jacobeo y, dentro de él, de una manera particular, Sahagún. Así, constituye el Centro de Estudios del Camino de Santiago, en torno al cual se han gestado trabajos científicos importantes (a los que ya nos hemos referido), gracias a su rica biblioteca, crea la revista *Iacobus* (de la que era director), con el fin de difundir los trabajos científicos referidos al mundo jacobeo y organiza, en 1996, el Congreso *Cluny y el Camino de Santiago en los siglos XI y XII*, celebrado en Sahagún, en el que participaron especialistas de reconocido prestigio, y del que, con toda justicia, se dijo que era la contribución más importante de Castilla y León a la celebración del Año Santo. Fue precisamente en este Congreso donde comenzó a fraguarse el proyecto «Sahagún, villa arqueológica», cuyo objeto fundamental era la restauración del otrora floreciente cenobio benedictino de la villa facundina, sirviéndose para ello del modelo arqueológico de Cluny, con lo que la villa leonesa se convertiría en lo que Millán Bravo llamaba «el Cluny español». Dichos desvelos culminaron en la constitución, el 19 de octubre de 1996, del Patronato *Sahagún, Villa Arqueológica*, cuyas labores han comenzado ya a dar sus primeros frutos, con lo que el sueño de Millán Bravo comienza a hacerse realidad.

Todo su interés por la villa del Camino se vio reconocido públicamente cuando el Pleno del Ayuntamiento de dicha localidad, reunido el 3 de noviembre, nombró, por unanimidad, a Millán Bravo Hijo Adoptivo de la Villa de Sahagún.

Sin embargo, sus afanes por las labores restauradoras no se limitaron a la villa leonesa. En 1993, constituye la Asociación de Amigos de la Catedral de Valladolid (de la que era Vicepresidente), con el fin de concienciar a la población de la importancia de su conservación. Desde entonces, se han restaurado las ruinas de la Colegiata y la torre del reloj.

Con todo, si hay un aspecto que destacaría en Millán Bravo, es su faceta de maestro, papel que desempeñaba con un extraordinario entusiasmo y cariño, mostrándonos caminos a seguir a los que, como es mi caso, decidimos convertirnos en discípulos suyos. Millán Bravo confería a la labor de magisterio una gran importancia, en la creencia (quizás de filiación socrática) de que una conversación en profundidad con el maestro arroja más luz sobre una cuestión que la lectura de una monografía. Testimonio elocuente de esta labor son las 16 tesis doctorales que dirigió, con un amplio abanico temático y diacrónico, aunque todas con un rasgo común: su universalidad. No son cuestiones concretas, rarezas de filólogo. En palabras atinadas de uno de sus discípulos, el Dr. Alberte, Millán Bravo «exigía que la dovela de la tesis no ocultara el arco de nuestra cultura occidental». Sin embargo, la labor de magisterio de Millán Bravo no se limitaba al campo epistemológico, no sólo enseñaba conceptos, sino que intentaba mostrarnos la forma de conducirnos en la vida académica, intentando inculcarnos los que él consideraba los máximos valores: el trabajo bien hecho, la caballerosidad y la fidelidad a la palabra dada. Los que hemos trabajado con él hemos sido testigos de su meticulosidad casi enfermiza, a la hora de redactar un trabajo o una traducción, o de cómo asistía a algunos actos con el dolor físico reflejado en su rostro, sólo porque había dado palabra de estar presente en ellos. Sin embargo, creo que la lección más grande que hemos recibido es la forma de vivir su enfermedad. A pesar de saber que él iba *con toda su muerte auestas*, no daba muestras de ello, intentaba no quejarse de lo que él llamaba *alifafes* (así se refería eufemísticamente a su dolencia), siguiendo el pensamiento de Jorge Guillén cuando, al referirse a la muerte como un muro cano, decía que iba a imponerle *su ley, no su accidente*.

Es precisamente esa impronta, que dejó en la escuela de latinistas formada por él, el legado más valioso de Millán Bravo.

Ahora ya se encuentra en esa Jerusalén celeste. Si el Más Allá se organiza en círculos, a la manera de *La divina comedia*, Millán Bravo se encontrará en compañía de Virgilio y Horacio, Aristóteles y Boecio, El Brocense y Mayans, Santiago y Mariana, Aymeric Picaud y el Papa Calixto. Contemplará desde arriba el *iter stellarum* y su mirada se dirigirá, indefectiblemente, a Santiago.

*Requiescat in pace.*

Universidad de Valladolid

JOSÉ ANTONIO IZQUIERDO IZQUIERDO